

CONCURSO de MICRORRELATOS

Los Montes de Piedad llegaron a España en 1702 de la mano de Francisco Piquer, capellán de las Descalzas Reales, que abrió el primer montepío en Madrid para luchar contra la usura. En más de tres siglos de historia el Monte de Piedad no ha cerrado ni en tiempos de guerra por lo que es un libro de infinitas historias aún por descubrir...



315 Aniversario del
MONTE DE PIEDAD

Relatos ganadores

El colchón

Fernando Larra Fernández

Todo el que entra por primera vez en mi despacho gira la vista y asombrado me hace la misma pregunta. Y a mí me encanta contarle.

Mi padre era buena persona, guardagujas y pobre de solemnidad. Una bomba durante la guerra le sepultó mientras dormía y veinte años después aun caminaba contrahecho y con dolores crónicos. Así que en la Navidad de 1.960, mi madre, cansada de oírle rezongar por la noche, le llevó a rastras a Somieres Numancia a comprar a plazos un colchón de esos modernos de muelles. Y no sé si por comodidad o por no oírlo. Pero mi padre no volvió a dar un ruido. Y así el colchón se convirtió en el artículo de lujo de una familia pobre.

Pero cuando acabé el colegio y empecé a estudiar maestría industrial en Embajadores, el colchón empezó a desaparecer de casa por temporadas.

La primera vez que pasó mi madre lo achacó a un muelle roto. Aunque tres meses para arreglar un muelle, parecía mucho tiempo. La segunda vez ni siquiera pregunté. Pero la tercera me di cuenta que el colchón desaparecía siempre en septiembre. Una mañana, cuando estaba a punto de empezar mi último curso vi a mi padre salir de casa con el colchón. Decidí entonces seguirle para averiguar donde pasaba los otoños el ojito derecho de la familia. Una hora después colchón y padre atravesaban la entrada del Monte de Piedad de Madrid en la plaza de las Descalzas.

Cuando al día siguiente madre me dio las trescientas cuarenta y siete pesetas de la matricula comprendí dos cosas. Como era posible que yo estudiara en aquella escuela y donde pasaba el tiempo el colchón.

Así que por extraño que parezca, un colchón viejo, un recibo de empeños del Monte de Piedad y la foto de mis padres, decoran con orgullo la pared del director de mi empresa.

2,6 gramos

Mónica Barros Grela

Se sentó en un banco frente al río. Hacía frío. Su mano derecha jugaba a dar vueltas al anillo dentro del bolsillo de su abrigo gris. Pensaba y recordaba. Pensaba en cuánto le había costado recuperar aquella alianza. Había ganado una subasta en el Monte de Piedad en la que nadie había pujado por ella. “Alianza de oro amarillo de 18 kilates. 2,6 gramos. Grabada Carlos 18-09-1973. Precio de salida: 130 euros”, rezaba la descripción. El dinero era lo de menos, costaba más recuperar todos los recuerdos que guardaba aquel trocito de oro amarillo. Nadie entendería que hubiese pujado por recuperar aquella alianza que la había tenido atada a la pena, al dolor, al llanto y al miedo. Pero ella necesitaba jugar de nuevo con el anillo en su bolsillo, como hizo tantas veces escondida en su casa, abrazando a sus hijos, esperando a que terminase el horror interminable, inevitable. Volvió a tener las mismas sensaciones, las mismas emociones. Volvió a oler el miedo, a escuchar los pasos, a callar los gritos, a saborear la sangre del labio partido y a tocar aquella alianza que la unía al terror. Se levantó despacio, sacó el anillo apretado en el puño y con fuerza lo lanzó al río. Un grito ensordecedor y primitivo, salido de las entrañas, atravesó el frío de la mañana y quedó suspendido sobre la bruma. Se marchó con las manos en los bolsillos, evitando que la helada cuartease la piel de sus manos, y dejando en el río para siempre el dolor, la pena, la rabia y el odio en 2,6 gramos de 18 kilates.

Por unos anteojos

Julio Sancho Ordaz

Ahora todas las noches veo las estrellas por un cuadradito en el techo. Se rompió el cristal cuando quise atizar a mi hermano con el escobón. Mamá no se enfadó y por eso me puse más triste. Dijo que ya lo repondríamos en cuanto cobrase la paga trimestral, aunque sé que estaba esperando ese dinero para comprar tela y hacernos ropa nueva.

De momento hemos puesto una madera, que hace las veces de tapadera, pero casi siempre la quito porque hay poca luz y la abuela, que es muy vieja, dice que no ve nada. Lo cierto es que está casi ciega, y con toda la luz del mundo tampoco ve ni torta.

Hace unos días entró un pichón muy gordo en casa y mi hermano lo capturó. Mamá se puso muy contenta y bajó a comprar cebollas para guisarlo. Luego, al desplumarlo, resulta que era todo apariencia. Estaba escuchimizado. Así que en vez de guisarlo tal cual, mamá lo usó para caldo.

Me da mucha vergüenza confesarlo, pero la hermana Sonsoles me ha dicho que el pecado no se va a perdonar del todo si no se lo digo a mamá. Yo creo que ella se va a poner todavía más triste si se lo cuento, así que prefiero irme un año entero al purgatorio cuando me muera, si hace falta. Pero voy a escribirlo aquí, para que no se diga que oculto las cosas.

Llevé a empeñar el cortaplumas de mi hermano al montepío y les dije que lo había robado una urraca que había entrado por el tejado. Se enfadó mucho y estuvo rabiando y pateando toda la tarde, pero maldita la falta que le hacía. Además, sólo me dieron dos perras gordas por él, ni que hubiera sido un sable de plata. Compre unos anteojos para la abuela y ahora dice que ve mucho mejor, aunque se los pone del revés.

19 pasos

Pilar Salazar Olmo

Hay 27 pasos desde la cocina al cuarto de la música; 14 desde el aseo y 43 desde la entrada, ni uno más, ni uno menos. Parece como si todas las estancias de la casa, como si todas sus paredes, estuvieran al servicio de esa sala del fondo, la de las ventanas tapiadas, donde el abuelo pasaba sus noches frente al viejo piano. Lo tocaba a veces –sus manos blancas sobre las teclas blancas- para acallar el sonido de un grito, de un disparo o de una bomba. Y cuando el sueño estaba a punto de vencerlo –da igual la hora que fuera-, hacía los 19 pasos hasta el dormitorio y, arrodillado frente a la cama, sacaba el baúl donde escondía tres partituras originales que había comprado años atrás por una fortuna. Con los ojos cerrados, las tocaba, las besaba, las repasaba con el dedo e imaginaba que la Quinta Sinfonía de Beethoven palpitaba ahí dentro, que algún día todas esas notas saldrían a la guerra y devolverían la paz. “La música me salvó”, diría siempre. Fue su escudo contra el miedo, su conjura frente al horror. Una mañana de febrero de muchos años más tarde, ya con mi abuelo muerto, mi abuela se acercó al Monte de Piedad y recogió las partituras originales, las verdaderas. Las llevó a casa y, en silencio, las guardó en el baúl que aún seguía bajo la cama. Lloró, de nostalgia, de alegría. Ella cuenta que escaparon del hambre, de la miseria y de las ratas gracias a esas partituras que ella empeñó a espaldas de su marido. Así tuvieron pan, garbanzos, achicoria. El pobre anciano, hasta el mismo día de su muerte, siguió acariciando con sus manos de ciego esas partituras, que no eran más que folios en blanco. Nunca supo del engaño. ¿Para qué? Como él mismo decía: la música le salvó la vida.

Aquellas pequeñas cosas

Isidro Catela Marcos

Desde hace un año, mamá vive en la sima del olvido. Para sus hijas apenas tiene una mirada distraída, a las tres nos llama Antonia (Antonia es ella). Para papá guarda un par de palabras, a veces tres, que repite después de comer y a la hora del baile.

Se pasa las horas en la ventana. Cuando atardece, se pone nerviosa, agita los brazos y balbucea, en bucle, la-caja-la-caja-la-caja. Calla cuando papá le trae la caja de cartón en la que pone “mis cosas”. Se la abre, con delicadeza, y va colocando encima de la mesa los objetos que contiene: fotos y vinilos, centenares. Mamá lo revuelve todo y saca con habilidad solo dos (siempre los mismos), de entre el desorden.

Primero, una foto amarilla, color tiempo. La pone encima del hule. Papá le cuenta que esa joven es ella. Que ese día bajaba las escaleras de la Casa Encendida, vestida de novia para ir a la iglesia y casarse con él. Que el edificio era entonces vivienda de empleados y casa de empeños de la Caja de Ahorros de Madrid. Que trabajabas allí, Antonia. En la casa de Pepita, la hija del director de una sucursal del banco. Que la gente del barrio era pobre y empeñaba ropa, colchones y sábanas; algunos, de forma excepcional, máquinas de coser, y otras cosas extrañas como aparatos ópticos y tocadiscos. Nosotros también empeñamos uno, y luego lo recuperamos.

En ese momento, mamá señala el vinilo. Papá pone la música que suena a chasquidos, a interferencias y a arena. Sin levantarla del sofá, le agarra las manos y se las va moviendo a un lado y al otro. Bailan agarrados. Él, que se sabe la canción de memoria, le canta bajito sobre la voz de Joan Manuel Serrat. Ella insinúa una sonrisa y le dice muchas-gracias-señor.